

EL DESARROLLO SUSTENTABLE Y LA UTILIZACIÓN RACIONAL DE LOS RECURSOS NATURALES COMO PROBLEMA CULTURAL

Francisco Javier Velasco Páez*

Resumen

Este artículo aborda de manera crítica la racionalidad pretendidamente ecológica que orienta algunos de los nuevos paradigmas de desarrollo sustentable. En este sentido se analizan las consecuencias culturales que se derivan de la difusión global de esquemas económicos que hacen de la eficacia y la eficiencia en el manejo de los recursos naturales un artículo de fé.

Aunque el autor reconoce como una virtud la preocupación "ambientalista" que parece motivar la acción de muchos tecnócratas, economistas y planificadores, se argumenta que la obsesión en promover y adoptar medios eficientes responde en el fondo a una estrategia gerencial

destinada a reforzar el productivismo. En este contexto, el uso del término recurso aparece como un mecanismo de reducción que conduce a la degradación del patrimonio natural y humano y a su inserción en un mundo en donde lo económico constituye la dimensión fundamental de la existencia. De esta manera se ignoran límites ecológicos y sociales fundamentales y se contribuye aún más a la precarización de las bases de la supervivencia biológica y cultural con las cuales cuenta la humanidad en la actualidad.

Palabras claves: *Desarrollo sustentable, gestión ambiental recurso natural, eficiencia, cultura.*

Recibido: 06-05-96 . Aceptado: 15-06-96

* Antropólogo. Cursante del Doctorado en Estudios de Desarrollo. Profesor-Investigador. CENDES-UCV.

Sustainable development and the rational utilization of natural resources seen as a cultural problem

Abstract

This paper critically attacks the subject of the rationality that guides certain interpretations of the paradigm of sustainable development. In this sense it analyzes the cultural consequences derived from global diffusion of economic pattern based on efficient natural resources management.

The author acknowledges as a positive fact the environmental concern that seems to orient the action of many technocrats, economists and planners who praise the concept of sustainable development. However, it is argued that the obsession in promoting and adopting efficient means

obeys to a managerial strategy displayed in order to reinforce productivism. Within this context the use of the term resource appears as a mechanism of reduction conducting to natural and human degradation in an economic one dimensional world. In this way fundamental social and ecological limits are ignored. This also implies the weakening of the already precarious basis on which mankind counts for its biological and cultural survival.

Key words: *Sustainable development, environmental management, natural resource, efficiency, culture.*

Introducción

Las declaraciones y tomas de posición frente a la cuestión ambiental son cada vez más frecuentes. La problemática del calentamiento de la Tierra (efecto invernadero), la destrucción de la Amazonia, la desaparición gradual de la capa de ozono, las lluvias ácidas y la reducción de la biodiversidad a escala planetaria, entre otras, movilizan a círculos científicos, tecnocráticos y gubernamentales en todo el mundo. Los llamados a suscribir acuerdos en pro de un desarrollo cónsono con el funcionamiento de los ecosistemas constituyen temas cotidianos en los medios de información. Los coloquios, congresos y conferencias sobre el *desarrollo sustentable* se multiplican. El alcance de los peligros que acechan a la vida en el planeta es revelado minuciosamente por informes, prospecciones, estadísticas y escenarios que en el plano tecnológico se valen de una creciente red sensorial de detección, análisis y calibración de desequilibrios cuyo desarrollo se ha beneficiado enormemente de los satélites y otros artificios aeroespaciales. Tal avalancha de gritos de alarma, en medio de montañas de cifras y pronósticos

sombríos parecen indicar que la sensibilidad se extiende, apartando el velo que ocultaba la gran crisis ecológica por la que atraviesa el mundo. Ya no se trata de meras intuiciones o especulaciones, la solidez de los hechos parece indiscutible. La idea de desarrollo basado en el mero crecimiento económico viene haciendo agua desde hace tiempo. El *desarrollo sustentable*, fundamentado en una buena gestión de los recursos naturales y en una economía "respetuosa de la biósfera", surge como una opción atrayente.

En principio esta situación puede percibirse como algo positivo. El tema ecológico había sido tan ignorado por los economistas, políticos y planificadores del desarrollo que resulta difícil oponerse a la nueva prédica de *gestión ambiental*. No obstante, una vez desaparecida la euforia inicial, comienzan a surgir dudas que llevan a un cuestionamiento de este llamado a la racionalidad "ecológica" y se generan interrogantes acerca de los verdaderos efectos de muchos diagnósticos y programas que hacen de lo ambiental el tema fundamental. En particular, resulta preocupante la posibilidad de que las denominadas políticas de gestión de los recursos naturales, presentadas bajo la consigna del desarrollo sustentable, resulten al final en la adopción de correctivos cuyo único propósito se limite al refinamiento de la eficacia, reduciendo lo ecológico a simples esquemas operativos y pragmáticos. De ello puede derivarse una imagen reductora del mundo, basada en la creencia de su propia universalidad, a partir de la cual se puede profundizar el ya avanzado proceso de homogeneización y simplificación de las sociedades y las culturas. En consecuencia, si el sentido de la evolución cultural se orienta hacia la unidimensionalidad económica que subyace en cierto llamado a la eficiencia ecológica, es probable que los objetivos de supervivencia y autosuficiencia de la humanidad sean puestos en peligro.

La ecología como racionalización del productivismo

Con frecuencia los informes presentados por organismos internacionales, agencias multilaterales o fundaciones privadas que manifiestan su interés por la conservación del medio ambiente, trazan un cuadro que se asemeja mucho a lo siguiente: por un lado, se muestra como, en una población creciente, cada vez más la gente exige el reconocimiento y la satisfacción incrementada de sus necesidades de alimento, vivienda, cuidados médicos y energía. Por otro lado, se habla de cómo las economías, para poder responder a esas exigencias, se ven forzadas a sobrepasar sus límites, agotar sus recursos, degradar el ambiente y

enfrentarse a costos cada vez más elevados¹. Los medios disponibles disminuyen mientras que las necesidades aumentan. Lo que se avizora en el horizonte es un impasse generalizado. Por ejemplo, las energías fósiles consumen en un año lo que había tomado un millón de años en producirse a partir de procesos naturales. Se sobrecarga la atmósfera de dióxido de carbono y se evidencia una rentabilidad inferior a la inversión en las economías de energía. Citemos también la mala utilización de los recursos de agua que priva a los humanos, los animales y las plantas de un medio elemental de sobrevivencia. Se contaminan las reservas hídricas por un tiempo considerable al tiempo que se invierten miles de millones de dólares en grandes trabajos hidráulicos. Los ejemplos sobran.

Pese a ello, dicen algunos expertos, la situación no es del todo negativa. Existen fundamentos para la esperanza. Desde este punto de vista la solución se encuentra en la adopción de medios menos nocivos y en la atención prestada a la eficiencia. Se señala así la conveniencia de utilizar energías renovables y de formular una política que opte por opciones de conservación y de gestión ambiental más prudentes. En otras palabras, la eficiencia en el manejo de los recursos naturales².

En una primera aproximación resulta obvia la necesidad de tal enfoque, lo mismo puede decirse con respecto a las alternativas sugeridas. Sin embargo, es importante profundizar un poco en la reflexión sobre este tema, pues bajo el razonamiento en pro de la eficiencia se puede ubicar un reduccionismo latente que hace de la ecología política un simple alegato a favor de las estrategias gerenciales y que olvida los intereses relativos a las virtudes cívicas.

Para salir de la peligrosa brecha que se instaura entre una demanda creciente y unos medios insuficientes para satisfacerla, se presentan dos tipos de solución: la primera pasa por una restricción cuidadosa de la demanda, la

- 1 Ver por ejemplo *World Development Report 1992* (1992), Oxford University Press, New York.
- 2 Ibid. Un buen ejemplo de esta argumentación lo encontramos también en la evaluación que hace Michael Jefferson de las iniciativas conservacionistas propuestas por el World Energy Council. Este autor se muestra partidario de abandonar la controversia que enfrenta al Norte y al Sur en relación al tema del calentamiento global. Como alternativa, Jefferson propone un esfuerzo mancomunado destinado a perfeccionar la eficiencia en la producción de energía y la conservación de los recursos (*Development 1992:2*, pp. 91-96).

segunda supone una gestión diligente de los recursos. Obviamente ambas alternativas deben contemplarse simultáneamente. El problema estriba en que ciertos expertos sólo se interesan en la segunda opción. En sus informes insisten en la necesidad de incrementar la eficacia de los medios y de hacer de las reglas del análisis microeconómico un imperativo nacional. De esta manera se pretende promover la transformación de economías obnubiladas por la producción en economías respetuosas de los recursos naturales, donde no todo es sacrificado en aras del incremento del PNB y donde reinaría una eficiencia suficiente como para garantizar un crecimiento continuo. Según estas prescripciones el objetivo de las economías es el de la adecuación global. La consigna ya no es la maximización sino la optimización³. Muchos economistas, planificadores e ingenieros se dedican a buscar las mil y un maneras de minimizar los insumos necesarios para la obtención de un producto dado.

Pero al ignorar la primera alternativa -la de la autolimitación prudente de la demanda- no pocos se encierran en el economicismo. Desde este punto de vista se argumenta que todas las sociedades colocan la producción en la cúspide de sus sistemas de valores. Al aceptar el lugar predominante de la economía, independientemente de los contextos socioculturales, se asume como un dogma el supuesto de que todas las culturas comulgan con el deseo constante de una producción material incrementada *ad infinitum*⁴.

El prejuicio economicista bloquea desde la raíz toda tentativa de reflexión sobre las posibilidades que supondría -incluso para los países altamente industrializados del Norte- una política inteligente de autolimitación que intentara adaptar el nivel, el volumen, la estructura y la velocidad del ciclo de produc-

3 Karl Polanyi ha identificado la optimización imperativa como el núcleo fundamental del pensamiento económico moderno en su obra "The Two Meanings of Economic", *The Livelihood of Man*, New York, Academic Press, 1977.

4 Hay quienes, basándose en la idea del desarrollo sustentable y de los límites ecológicos que enfrenta la producción, hablan de la necesidad de reformular el concepto de crecimiento. Para ello proponen un tipo de desarrollo que suponga un mayor crecimiento para los países pobres, contrabalanceado por una disminución en el crecimiento o un crecimiento negativo de los países ricos. La idea aquí es que los países ricos dejen de utilizar ciertos recursos naturales para que puedan ser aprovechados por los países pobres (Ver Robert Goodland y Herman H. Daly "Three Steps towards Global Environmental Sustainability" Part I, *Development* 1992:2, pp. 35-41.

ción/consumo a los objetivos superiores de la sociedad y su supervivencia. Estamos pues frente a una visión que considera como intrínsecamente deficientes a sociedades menos mercantilizadas, menos profesionalizadas y menos rápidas. La incapacidad para imaginar el hecho de que diversas culturas puedan escoger deliberadamente un cierto nivel de satisfacción de sus necesidades materiales, conduce a creer ciegamente en la naturalidad y universalidad del modo de vida fundado en la economía y el mercado⁵. En virtud de ello, la visión del mundo que se propone (en el marco de la teoría del desarrollo y, más específicamente, en base a los lineamientos del desarrollo sustentable) continúa presuponiendo que todo debe ser juzgado en función de los imperativos de la producción, incluso cuando se trata de una producción racional en relación al ambiente. Es así como la ecología política, puesto que ella da por sentado el crecimiento de la demanda y se limita a la propagación de medios eficaces, cae en la trampa del impulso a una profundización de la racionalización instrumental del mundo en nombre de la ecología.

Recursos y reduccionismo

La preponderancia que atribuyen los economistas al capital y al trabajo no permite considerar la mayor parte de otras fuentes de riqueza y de bienestar: desde el trabajo gratuito de las mujeres, telón de fondo en el mundo de la producción, hasta el trabajo silencioso de la naturaleza que reconstituye los suelos, los bosques, las fuentes de agua y de energía. Bajo los mismos supuestos se explora el vasto dominio de todo aquello que contribuye al mantenimiento de la vida con el único fin de garantizar los rendimientos a largo plazo. Vistas desde este ángulo, un sin número de cosas que hasta entonces parecían anodinas y evidentes adquieren súbitamente una carga dramática. Por ejemplo, las bostas de vaca utilizadas como combustible para la cocina por los campesinos en algunas regiones de la India o de la China pasan a ser de golpe un recurso energético. El fierro o el latón utilizado por un habitante de cualquier barriada

5 Al respecto resulta interesante la crítica que hace Ignacio Ramonet del discurso contemporáneo que traduce en términos ideológicos la pretensión universal de los intereses puramente económicos y que reniega de toda consideración social o política. Ignacio Ramonet "La Pensée Unique", *Le Monde Diplomatique*, No 490, Enero de 1995.

caraqueña para agrandar su vivienda accede a la dignidad de *input* recuperable. Se descubre igualmente que las mujeres que cultivan los campos de cualquier aldea latinoamericana, africana o asiática no sólo representan recursos humanos susceptibles de multiplicar la producción alimentaria sino que además desempeñan un papel fundamental en el desarrollo y la ordenación del medio ambiente. Se llega a hablar de la necesidad de preservar el Amazonas como un activo regional y mundial e incluso hay quienes hablan de la necesidad de amortizar el capital Tierra como regla de buena gestión ambiental. Vistas a través de este prisma, porciones enteras del mundo (y el propio planeta en su conjunto) exhiben un nuevo status: descontextualizadas son redefinidas como "recursos".

Puede decirse que de una manera manifiesta todas las actividades, las gentes y las cosas que son pensadas como recursos adquieren importancia, puesto que se las puede considerar como útiles para el logro de algún objetivo más elevado. Ellas cuentan no por lo que son, sino por lo que pueden llegar a ser. Privadas de sus valores propios y actuales, sólo los reencontrarán en el uso que otros harán luego de ellos. En efecto, un recurso no tiene otro valor hasta que no ha sido transformado en otra cosa. Independientemente de su valor intrínseco, este se desvanece una vez que es confrontado a la afirmación de "intereses superiores". Durante más de un siglo el término recurso ha servido para determinar cuáles componentes del mundo pueden servir a la industria. Las mentes y las sensibilidades han sido así condicionadas para ver depósitos de madera en los bosques y yacimientos minerales en las formaciones rocosas, propiedades de tierra en los paisajes y recursos humanos en los hombres y mujeres que pueblan el mundo. Cuando se etiqueta algo con el término recurso inmediatamente se le coloca bajo la égida de la producción. El término materia prima, (sinónimo y antecesor del término recurso) revela claramente hasta que punto el lenguaje puede delimitar realidades y modelar el destino de las mismas: las materias primas no tienen otro sentido de existencia que el de ser consumidas eventualmente en un proceso de producción industrial.

Ahora bien, todo uso productivo no hace de la cosa un recurso. El estiércol utilizado por un campesino para fertilizar su campo solo adquiere el carácter de recurso en el marco de una producción nacional. En los libros de contabilidad nacional (o también regional o global) es donde se especifican, miden y ordenan los recursos en función de su productividad relativa. Únicamente la capacidad para garantizar el crecimiento económico constituye un recurso. Transformar

una cosa en recurso es hacerla capaz de ser explotada por el "interés nacional" (y también transnacional).

Para la perspectiva no económica, las cosas tienden a adoptar una significación que las hace incapaces de una disponibilidad general. En muchas aldeas del mundo existen lugares sagrados o simbólicos a los cuales está prohibido alterar. En algunos casos se trata de un árbol y se dice que los dioses viven a su sombra. El derribarlos para hacer madera privaría a la aldea de poderosas protecciones y/o de importantes referentes colectivos. Según el mismo razonamiento ¿Qué pensarían los vascos de alguien que se hubiese propuesto convertir en leña el árbol de Guernica? (reconociendo su valor simbólico, la aviación nazi lo destruyó en un bombardeo durante la Guerra Civil española). Igualmente, ¿qué pensarían los venezolanos de un intento similar con relación al samán de Guere bajo cuya sombra acamparon Humboldt y Bolívar?

Tomemos otro ejemplo, en el altiplano boliviano, al igual que en la antigua Grecia, las minas estaban consideradas como los úteros de la Tierra-Madre donde los metales crecían lentamente. Penetrar en este dominio chthoniano⁶ cargado de misterio significaba franquear el umbral de un mundo que no pertenece a los hombres. Allí se disponía de un sentido de responsabilidad y cuidado: los ritos eran celebrados para obtener la generosidad de la diosa madre. Igualmente la cooperación de la naturaleza era necesaria a los indígenas Caribes cuando cazaban, pues se apelaba al convencimiento de los animales, a través de un diálogo hecho de ritos y ofrendas. Ello propiciaba la presentación voluntaria de estos animales a los cazadores. La caza era así una forma de intercambio entre los animales y los hombres y, en tanto que tal, estaba regida por la amistad, la coerción o el amor como sucede con todas las relaciones humanas ordinarias.

En suma, el hecho de concebir los árboles, las rocas o los animales como seres animados que constituyen parte de un vasto cosmos en el seno del cual cada elemento posee una identidad propia, pero al mismo tiempo vinculada a los otros, le impone límites intrínsecos a la explotación⁷. En este contexto, el

6 La visión chthoniana del mundo, desarrollada en la Grecia antigua, supone la eliminación de toda barrera que establezca distinciones radicales entre la vida humana y la vida natural. Desde la óptica chthoniana se concibe a los seres humanos como hijos de la Tierra, con la cual aquellos comparten su vida y su naturaleza.

7 En su clásico *Vacas, Cerdos, Guerras y Brujas: Los enigmas de la Cultura* (Alianza

reducir las cosas a recursos implica privarlas de toda identidad simbólica o protectora, dejándolas inermes frente a las intervenciones caprichosas del más allá o del más acá.

Pensar el agua, los suelos, las plantas, los animales y las personas en términos de recursos las reduce al status de objetos de la planificación o de la mercantilización. Podría argumentarse que esta denominación obedece al criterio de la maximización de la eficiencia global del uso. Pero aún así, el tamiz económico al que se someten las culturas tiende a minar el más mínimo respeto por los seres y las cosas de la naturaleza.

Sobrevivencia y conservación: el desarrollo como un fin en sí mismo

Por donde quiera se escuchan advertencias acerca de las perturbaciones ambientales y las amenazas que se ciernen sobre la vida en el planeta. Los más escépticos y recalcitrantes tienden ya a admitir el mensaje. Pero la conclusión a la que se llega en ciertas esferas del poder y la tecnocracia resulta ambigua. En este sentido se habla de garantizar la supervivencia como propósito fundamental de toda planificación responsable. Pero probablemente nunca ha existido alguna sociedad en la cual la preocupación primordial no haya sido la de su propia supervivencia.

Por supuesto que las culturas del pasado, y otras que aún persisten en la actualidad, nunca han desdeñado deliberadamente los imperativos de la supervivencia. Pero, que sepamos, este objetivo nunca antes había concentrado demasiado esfuerzo y atención. Cualesquiera sean o hayan sido sus costumbres o sus reglas, sus obsesiones o sus fantasías, la solución a los problemas de la existencia física siempre se encuentra en el cuadro de los valores culturales superiores. Vista de esta forma la supervivencia no es más que el subproducto de realizaciones más importantes y no llega a representar una preocupación implícita.

Editorial, Madrid, 1980) el antropólogo Marvin Harris argumenta en torno a las causas materiales, históricas o ecológicas de esos límites, siempre tangibles, que se ocultan tras la aparente irracionalidad de los estilos de vida de diversas formaciones culturales.

En contraste, hoy en día, en la sociedad capitalista, en una época en la que las riquezas acumuladas son más considerables que nunca, se insiste en colocar la supervivencia en el primer plano de las preocupaciones sociales. Basta con observar los diversos informes disponibles sobre el estado del planeta para rememorar la historia reciente, al término de la cual la abundancia ha desaparecido para ceder su lugar a la escasez.

No hace mucho tiempo todavía se podía confiar en que el gran ciclo del agua que abarca la evaporación, la condensación y las precipitaciones, aseguraría la renovación de nuestras fuentes de agua. Pero los excesos de irrigación que hacen bajar el nivel del agua y la contaminación industrial que la hace poco segura, han transformado el agua dulce en un bien escaso. Desde tiempos inmemoriales legiones de insectos, gusanos y lombrices han hecho posible la reproducción de la capa superficial del suelo. El uso de pesticidas y la sobrecarga de tierras marginales aceleran en nuestros días la tasa de erosión. Otro tanto ocurre con la pluviometría global (bosques), las radiaciones solares (ruptura de la capa de ozono) y la temperatura (efecto invernadero). La abundancia deriva en penuria a medida que se intensifican y generalizan las producciones agrícolas e industriales a escala planetaria. Los peligros que se ciernen sobre la supervivencia son el resultado de la identificación creciente de la buena vida con la obtención de bienes materiales. La escasez no es sino una de las caras de la moneda cuyo reverso no es otro que la producción sin límites. Pero la cofradía de muchos "expertos" en cuestiones ambientales define su campo de experticia analizando una sola cara de la moneda. Tomemos el siguiente ejemplo, en la página vii del **Informe de la Comisión de Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina y el Caribe "Nuestra Propia Agenda"** (1991) se declara que *"La problemática del medio ambiente nos afecta a todos. Ninguna nación es periférica. La búsqueda de soluciones ambientales debe involucrar al Norte y al Sur, al Este y al Oeste."* Se trata pues de gerenciar el ambiente de manera conjunta y prudente. La escasez que otrora fuera abundancia es oficializada y convertida en el soporte de un nuevo tipo de gestión.

Pese a que la hipótesis es supuestamente válida para todas las culturas -incluso si en el mismo documento se afirma que no existe una estrategia universal para alcanzar el desarrollo sustentable-, la conclusión que se desprende pone en claro el axioma economicista que subyace a la visión del mundo: ninguna frontera se opondrá al progreso material. Por lo tanto, en la medida en

que este axioma domina, el aire, el agua, y el suelo escasean y permanecen escasos.

En correspondencia con ello, la creencia en la naturalidad de la penuria de las riquezas materiales está en la base de la intervención de los expertos en el desarrollismo con ribetes ecológicos. Su tarea es proteger y gerenciar todo aquello que se ha convertido en recursos escasos. Y les hará falta todo su conocimiento profesional para no desviarse del camino de la explotación óptima, es decir de aquella que no pone en peligro el crecimiento futuro.

La movilización en pro de la supervivencia no puede sobrevenir sino en una sociedad que juzga imperativo el poner a prueba constante los límites de la naturaleza. Veamos el caso de la "Cumbre de la Tierra" celebrada en Río de Janeiro en 1992 en donde la cuestión fundamental fue el cómo garantizar la sobrevivencia del desarrollo. Tal y como lo señala Rafael Urosa, se trata de la sobrevivencia de la vida para el desarrollo: "La vida no es el objetivo ni la justificación. La vida es sólo una herramienta para poder seguir 'desarrollándonos'. De esta manera se ignora que la preocupación de otras sociedades pertenece a otro orden: dentro de sus contextos éticos, filosóficos y espirituales las prioridades son otras.

Gracias a la adopción de la óptica del análisis microeconómico, es decir de la técnica que permite escoger los medios más eficaces para alcanzar un determinado fin, numerosos voceros del desarrollo sustentable no escapan a la lógica del crecimiento. Desde hace tiempo los medios son considerados por los economistas como esencialmente insuficientes. Su rareza es concebida como parte del orden natural de las cosas y no como una coyuntura particular y transitoria caracterizada por el exceso de los fines sobre los medios. De allí que para los economistas que tratan de obtener el mayor beneficio de medios considerados como escasos se constituye un nuevo dogma: la creencia decimonónica europea según la cual, conforme a la decretada evolución unilineal de la historia, las necesidades deben crecer indefinidamente y hacer a los medios notoriamente insuficientes. Estos economistas no nos dirán jamás cuales fines alcanzaremos gerenciando "prudentemente" nuestros medios. Para ellos los fines no tienen identidad, solo los especifica la característica formal de ser infinitos.

Para quienes asumen la visión económica del mundo, las necesidades no pueden ser otra cosa que reivindicaciones sobre el producto material. En consecuencia, para ellos, el bienestar de una sociedad depende exclusivamente de la producción material. Gracias a su decisión de gerenciar los "recursos globales", quienes se identifican con este pensamiento presentan la difusión mundial de esta representación como un hecho consumado. Lo que los distingue de los economistas convencionales es el reconocimiento explícito del hecho de que existen límites ecológicos a la producción. En su visión la naturaleza es conceptualizada como una variable crítica para la sustentación del desarrollo. No resulta por ello sorprendente el que la noción de "capital natural" sea tan popular entre los economistas con preocupaciones ecológicas⁸. Sin embargo, aquello que los mantiene unidos a la visión económica del mundo es su incapacidad para percibir los límites culturales al predominio de la producción. Son justamente esos los límites que le restan importancia a la producción y que, al mismo tiempo, hacen bajar la presión sobre el medio ambiente. Para esos economistas, como para los economistas convencionales, las riquezas de la naturaleza están destinadas a la insuficiencia, porque tanto la parte pobre como la parte rica del mundo deben inevitablemente vincularse cada vez más a la creencia material. Esto determina que la considerable diversidad de vías que proveen las culturas para el disfrute de la vida sea implícitamente reducida a una carrera en pos de un mejor nivel de vida.

Si todas las sociedades hubiesen consagrado efectivamente todas sus energías al desarrollo de la producción, nunca hubiesen existido ni los maravillosos tejidos coloreados de la Guajira, ni los exuberantes jardines de Tenochtitlán, ni la belleza de edificaciones como la Alhambra o el Parthenón. Por encima de todas sus diferencias y contradicciones, estas sociedades han tenido algo en común: antes que producir, ellas han aspirado a algo de mayor significación cualitativa. Por el contrario, el occidente contemporáneo se ha consagrado a la multiplicación de la producción. El desarrollismo ecológico acepta tácitamente la idea de que esta fórmula tiene validez y es imperativa y universal.

8 Ver por ejemplo Salah El Serafy, "The environment as Capital", in R. Costanza (Ed.) (1991) *Ecological economics: the science and management of sustainability*, New York, Columbia University Press; Robert Goodland et al., *Environmentally Sustainable Economic Development. Building on Brundtland*, The World Bank, Environment Working Paper No 46, Julio de 1991.

Racionalidad y eficacia: la visión de los otros

La utopía de un mundo viable y autosuficiente se encarna en una versión reciente del hombre: el individuo consciente de los problemas de la eficacia. Se aconseja reciclar la basura para fabricar abono, recolectar las botellas de vidrio y los recipientes de aluminio en depósitos especiales, renunciar a los canales para introducir formas de irrigación más económicas, etc. Todas esas sugerencias, por razonables que puedan ser o parecer, una vez descontextualizadas, contribuyen a la propagación del cliché de la eficacia.

Sin duda alguna el mensaje que pregona la eficacia es seductor. Pero esta seducción tiende a enmascarar el desplazamiento que se opera del *ethos* de la economía doméstica a aquel de la eficacia. La buena gerencia del hogar representa el ideal tradicional de las economías domésticas orientadas hacia la subsistencia⁹. En ellas prácticamente todo se colecciona, preserva o reutiliza. La comida es puesta a resguardo, las herramientas son cuidadosamente mantenidas, los muebles y utensilios pasan de generación en generación. Todo aquello que es necesario es utilizado plenamente y se hace lo posible por evitar las compras. La gente lo piensa dos veces antes de gastar dinero, cada transacción exige prudencia cuando no aprehensión. No obstante, el objetivo de una buena gestión doméstica no es el de economizar para invertir sino el de economizar en aras de la independencia. La escogencia de medios eficaces, por el contrario, no tiene nada que ver con la minimización de los gastos, sino que se orienta a la obtención de un mejor rendimiento con miras a liberar fondos para otras inversiones. A la inversa, el sentido de la economía busca reducir al mínimo las presiones ejercidas por la otra economía. La eficacia busca oportunidades, la economía la seguridad. Allí donde la primera desemboca sobre una progresión indefinida, la segunda descansa sobre un sentimiento de suficiencia. Las dos actitudes pueden fácilmente entrar en conflicto tan pronto como una ganancia de eficacia exija dinero. Es por esta razón que un campesino en Asia prefiere quemar montones de estiércol de vaca en vez de comprarse un biodigestor (más económico en el uso de materias primas para generar calor), simplemente porque así él se evita gastos monetarios.

9 Los términos ecología y economía se confunden en su origen griego. De alguna manera ambos aluden a la gestión del *oikos* (casa, hogar).

Aún más, es igualmente posible que el mismo campesino no desee preocuparse de todo aquello porque tiene otras cosas que hacer en la vida. El imperativo de eficacia exige que se haga trabajar a cada cosa y que se escoja la manera menos costosa -en términos de moneda, esfuerzos y consecuencias sobre el medio ambiente- para alcanzar un objetivo. De este modo es concebible también que un indígena suramericano rechace el techo perfectamente estanco que le ha sido suministrado por alguna agencia para el desarrollo y que él reemplaza por un techo tradicional a base de ramas y hojas que necesita ser reparado varias veces al año. Después de todo, la reparación del techado puede ser la ocasión para alguna celebración en su aldea o el pretexto para reafirmar de manera festiva los vínculos de reciprocidad que lo unen a los suyos.

Es mejor ser efectivo pero no eficaz. Como la gente no es tonta, siempre desea ser efectiva y actuar para poder obtener un cierto resultado. Pero es posible que la búsqueda de la eficacia máxima esté fuera de cuestión, porque la actividad considerada está inscrita en toda una red conformada por otras preocupaciones. Por ejemplo, muchas horas de trabajo pueden ser consagradas cada día a dispensar visitas habituales a miembros de la familia., la mayor parte del dinero disponible puede ser utilizada en fiestas. La exhortación a la eficacia entra en contradicción con las otras prioridades que doblegan o retardan las soluciones (técnicamente) óptimas. La mayor parte de las actividades sociales están sobre-determinadas y sirven a un conjunto complejo de fines.

Convertir la efectividad en eficacia implica la desconsideración de todos los otros fines y un privilegio excesivo acordado a la relación fines/medios. Una vez que este privilegio ha sido afirmado, los medios ya no valen más que como medios. Toda consideración relativa al contexto, a la calidad, al estilo o a la estética, tiende a la no pertinencia. De hecho el modelo de selección tradicional está basado en la hipótesis de que los medios han sido depurados y aislados de su contexto original. Ello supone dos condiciones en relación a los medios: 1) Que deben ser considerados como intercambiables en términos de rentabilidad. 2) Que deben ser calculables en base a un patrón de medidas simples representado generalmente por el dinero o la energía. En este marco, la acción racional y eficaz se extiende en detrimento de la acción guiada por la cultura. Con esto se socavan todas las representaciones no económicas de la vida y la existencia humana. Al respecto, Wolfgang Sachs señala la ingenuidad de aquellos ambientalistas que concentran su imaginación social en la revisión de los medios ignorando el hecho de que, si la dinámica del crecimiento no se contiene, los logros de la racional-

zación serán efímeros. Por lo demás, ya se ha señalado el peligro de que el movimiento ambientalista (complejo y heterogéneo tanto en el Norte como en el Sur) esté contribuyendo a proveer de una nueva imagen al antiguo credo del “desarrollo económico a cualquier precio”. Dicha imagen sería la de “crecimiento económico con sentido de los límites”.

En conclusión, algunos promotores del desarrollo sustentable abogan por la conservación eficiente de los recursos naturales y la preservación de la biodiversidad pero su prédica atenta contra la diversidad cultural. Al evaluar la situación ambiental del mundo en términos de recursos, gestión, eficacia y eficiencia se convierte al desarrollo en el desideratum de una prédica cuyo propósito es el de rehacer al mundo a imagen y semejanza de occidente. Los documentos y planes que recogen esta perspectiva no se limitan a proponer nuevas estrategias de desarrollo, sino que también transmiten imágenes de la naturaleza y la sociedad y el sentido de sus propias acciones. En la medida en que este lenguaje se imponga, el respeto por la naturaleza se hará más difícil, puesto que se dificultará aún más el tratar de ver en ella otra cosa que no sea un recurso. Por esta vía se instaurará la misma lógica que impide concebir la sociedad en términos del bien común y no solo de la producción. La misma lógica que impide buscar la virtud en la acción y no en la eficacia. Ello en definitiva no beneficia ni a la sociedad ni a la naturaleza.

Bibliografía

- Comisión de Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina y el Caribe, **Nuestra Propia Agenda**, 1991, p. XI.
- DECORNOY, Jacques “Une économie respectueuse de la biosphère” en LA PLANETE MISE A SAC, **Le Monde Diplomatique**, *Manière de Voir*, No 8, 1990.
- GUDYNAS, Eduardo (1993). “The Fallacy of Ecomessianism: Observations from Latin America” en Wolfgang Sachs (Ed.) **Global Ecology**. Zed Books, London & New Jersey.
- SACHS, Wolfgang (1993). “Global Ecology and the Shadow of ‘Development’” en Wolfgang Sachs (Ed.) **Global Ecology: A New Arena of Political Conflict**, Zed Books, London & New Jersey.
- U ROSA, Rafael (1993). “¿Sustentabilidad para el Desarrollo?” en **La Era Agrícola**, No. 16, Mérida, Venezuela.